

A D O R N O E N N Á P O L E S

CÓMO UN PAISAJE SE
CONVIERTE EN FILOSOFÍA



M A R T I N
M I T T E L M E I E R

PAIDÓS

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Prólogo en el Vesubio
Capítulo 1. Batalla filosófica
Capítulo 2. Lugares trágicos
Capítulo 3. La isla afortunada
Capítulo 4. Leyendo en Capri
Capítulo 5. Calvarios
Capítulo 6. Música volcánica
Capítulo 7. Constelaciones
Capítulo 8. Postales
Capítulo 9. Apariciones fantasmales
Capítulo 10. Osamentas
Capítulo 11. Demonios en el acuario
Capítulo 12. Dinamitar el espacio habitable
Capítulo 13. El hombre del abismo
Capítulo 14. Caminata por el cráter
Capítulo 15. Crepúsculo
Capítulo 16. Intestinos ofídicos
Capítulo 17. La pobre Parténope
Capítulo 18. Pervivencia
Capítulo 19. Temporada baja
Bibliografía
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Adorno en Nápoles da vida a un período en la historia intelectual europea cuando el paisaje romántico de la Bahía de Nápoles se convirtió en un imán para escritores, poetas y filósofos. Mittelmeier cuenta cómo las experiencias de Adorno sentaron las bases de su pensamiento filosófico posterior, un pensamiento inspirado tanto por el mundo natural como por sus discusiones con otros intelectuales como Walter Benjamin y Alfred Sohn-Rethel.

MARTIN MITTELMEIER

**ADORNO
EN NÁPOLES**

Cómo un paisaje
se convierte en filosofía

Traducción de María José Viejo

PAIDÓS Contextos

Para Ines, que me llevó al borde del cráter

PRÓLOGO EN EL VESUBIO

«Bailar sobre el volcán»: eso es lo que se podía hacer en el Vesubio entre los años 1924 y 1926. Solo había que bajar desde el borde del cráter hasta el interior de la caldera y, pasando por el centro mismo del cono, atravesar el volcán, lo cual no llevaba más de veinte minutos. En septiembre de 1925 hay dos viajeros alemanes que están en las inmediaciones y que no quieren perderse el espectáculo. Allí donde pueda encontrarse algo sublime, algo estremecedor o insondable, están siempre dispuestos para la contemplación el periodista del *Frankfurter Zeitung* Siegfried Kracauer, de treinta y seis años de edad, y su joven acompañante, el estudiante de composición Theodor Wiesengrund-Adorno, catorce años menor que él.

Pero ambos son además unos perspicaces observadores de lo que aparece en la superficie de su época y de su entorno más inmediato, y justamente en los viajes afinan aún más su talento para el aforismo, aplicándolo a las pequeñas extravagancias y curiosidades con las que se encuentran. Mucho antes de que quedara indefectiblemente caracterizado como el aguafiestas de toda actividad lúdica y hasta del viaje mismo, Wiesengrund-Adorno muestra su sorpresa por que un pintoresco pescador capriota al que se presenta como un personaje característico de la isla aparezca en varios sitios a la vez. Lo que sucede es que la compañía de Thomas Cook, que ha empezado a explotar el turismo a gran escala, ha pagado a unos cuantos italianos para que se vistan como el pescador «típico» de Capri, con el fin de garantizar la sensación de autenticidad a «las damas americanas de largos dientes» y a los «caballeros de Sajonia». «*How lovely!*», exclaman los turistas que han contratado sus servicios. Y, como es natural, Kracauer y Adorno no

pueden sino tomar nota de lo extraño que resulta que aquellos turistas que andan por el cráter se asomen a aquel abismo sublime. ¿Y qué es lo que hace Adorno cuando se encuentra allí mismo, en el borde del cráter del maltratado Vesubio, donde «los viajeros se detienen solo un instante debido al fuerte viento»?,¹ ¿en qué convierte esta ambivalente experiencia turística? Desde luego, no en una crónica de viajes a la manera de los románticos. Adorno no escribe nada satírico sobre la degradación de la naturaleza que provoca el turismo por medio del funicular, de los puestos de *souvenirs* o de la felicidad de postal. Lo que hace es transformar lo que tiene ante sus ojos en el origen y el núcleo de su filosofía futura. En Nápoles, justo a los pies del Vesubio, es donde se origina una de las corrientes filosóficas más impactantes del siglo xx y de toda nuestra época: la teoría crítica.



Cráter del Vesubio, 1925.

CAPÍTULO

1

Batalla filosófica

Adorno es uno de los filósofos europeos más importantes e influyentes del siglo xx. A partir del crimen de lesa humanidad que es el Holocausto dedujo un nuevo imperativo categórico y de este modo se convirtió en el guía de la reconstrucción intelectual que habría de producirse tras la Segunda Guerra Mundial. Adorno ha marcado también la pauta con sus reflexiones sobre la vida dañada en la época moderna; su teoría se ha grabado —como raras veces lo ha hecho ninguna otra— en las grandes figuras del pensamiento y hasta ha llegado a formar parte de la jerga intelectual de toda una generación. Pero antes de que su filosofía estuviera completamente desarrollada, se desencadenó un fuerte movimiento de rechazo en el seno de la generación de Mayo del 68; y entonces se empezó a sospechar que Adorno retrocedía asustado ante las consecuencias de su inexorable diagnóstico social; así fue como, al mismo tiempo que se extendía el furor por la teoría adorniana, se levantaba también un movimiento de rechazo no menos apasionado que su contrario.¹

Este libro intenta demostrar que la filosofía adorniana surgió en un viaje por el golfo de Nápoles que el pensador francfortés emprendió con poco más de veinte años. Y que su fuerza, su atracción y los problemas para los que nos prepara se pueden explicar a partir de ese origen.

Hasta ahora nadie se ha ocupado de la estancia de Adorno en Nápoles. Cuando se trata de analizar su figura son otras las ciudades que suelen venirnos a la mente: ante todo, Viena, el primer lugar en el que Adorno se nos pre-

senta como artista, pues es allí donde recibe clases de composición de Alban Berg. Luego Amorbach, una pequeña población de Alemania a la que viaja en reiteradas ocasiones y que es el lugar utópico de la infancia del que jamás podrá desprenderse. Después están Nueva York y Los Ángeles, las ciudades del exilio, ambas con una característica cultura popular y una sociología asentada sobre bases empíricas. También está París, que en términos intelectuales se le presenta como la capital del siglo XIX, gracias a Walter Benjamin, y, en términos biográficos, es la primera ciudad por la que pasa cuando regresa a Europa tras su exilio en Estados Unidos. Y, como es lógico, tenemos también Fráncfort, su ciudad natal: allí fue donde volvió a poner en marcha, junto con Max Horkheimer, el Instituto de Investigación Social al término de la Segunda Guerra Mundial y donde la Escuela de Fráncfort llegó a convertirse en una filosofía que tendrá repercusión en todo el mundo.

Pero ¿qué hay de Nápoles, esa ciudad desordenada, agotadora, de ritmo impetuoso? ¿Esa ciudad que no puede inscribirse entre las ciudades culturales europeas, pero tampoco en el páramo sin pasado de los americanos? Si hemos de quedarnos en Italia, entonces sería mucho mejor Génova, donde Adorno se entrega enseguida a las especulaciones sobre la nobleza de su propio linaje.² La ausencia de Nápoles en la cartografía mental de Adorno parece completamente justificada. De aquel viaje de 1925, Adorno no ha dejado más que las impresiones registradas en dos cartas a Alban Berg y un breve texto sobre el pescador de Capri al que nos hemos referido antes. Si se encuentra en Nápoles, acompañado de Kracauer, es para librar una «batalla filosófica»³ con Walter Benjamin y Alfred Sohn-Rethel, de la cual, según dice, habría salido ileso. Entonces ¿qué hay en Nápoles que pueda resultar tan importante para Adorno o para su propia teoría?

Cuando Adorno viaja a Nápoles junto con Kracauer en septiembre de 1925, justo cuando cumple veintidós años, se encuentra con una variopinta mezcla de inconformistas, egocéntricos, revolucionarios y creadores de proyectos que están cultivando, en términos reales o mentales, un pedazo del golfo de Nápoles, cada cual a su particular manera. De este bullicioso ambiente emerge un grupo de pensadores esencial para Adorno, cuyo nebuloso espíritu revolucionario se inflama en Nápoles. Hasta los más cavilosos de todos ellos, siempre enzarzados en disputas filosóficas, se ven arrastrados por la vida cotidiana de los napolitanos, lo cual los lleva a dirigir la mirada a los aspectos más superficiales del presente y a prestar oído a su potencial revolucionario. Y no solo eso. En todos ellos se produce, aunque con rasgos radicalmente distintos, un impulso desconcertante: ¿acaso no se podría traducir la embriagadora orientalidad de Nápoles, su culto a los muertos y su desbordante vitalidad a una nueva forma de filosofar? ¿A un filosofar que pueda conceptualizar el reciente estallido de la modernidad en la década de 1920 y ofrecer oportunidades para una vida mejor en unos tiempos emocionantes y al mismo tiempo arriesgados?

Adorno, sin embargo, no se deja impresionar. Habrá de pasar algún tiempo antes de que la experiencia napolitana se extienda por completo al sistema central de su teoría. Pero entonces consigue transformar Nápoles en una filosofía (o, sencillamente, sucede sin más), lo cual tiene consecuencias importantes para él. Porque los disgustos de la «batalla filosófica» entablada con Walter Benjamin en Nápoles, junto con los cinco ensayos que los combatientes escriben sobre el golfo, se convierten en los dolores de parto de la filosofía adorniana.

El artista Gilbert Clavel, que estaba construyendo una torre abismada en las aguas, es para Adorno el compositor ideal, pero más tarde verá en él a un ilustrado que ya no es tan perfecto. La mítica e inquietante Positano, sin duda in-

fernal, se convierte aquí en el escenario de una modernidad demoniaca. Cuando uno entra en el acuario de Nápoles y se aproxima lo suficiente a las vitrinas de cristal donde se encuentran alojados los demonios marinos ya domesticados, puede poner en práctica, tan sobrecogido como un turista, la «rememoración de la naturaleza en el sujeto», es decir, una actitud alternativa al simple dominio de la naturaleza, que suele ser lo más común. Y, por último, tenemos la porosidad, que Benjamin y la activista teatral Asja Lācis descubren en el material de construcción de Nápoles, pero también en la propia vida social napolitana, y que va a convertirse, en forma de constelación, en el ideal estructural de los propios escritos de Adorno. Y así es como Nápoles, que en un principio se nos presentaba como una entrada lateral a la filosofía adorniana, nos lleva hasta su mismo centro.

CAPÍTULO

2

Lugares trágicos

No toda persona está dotada para el viaje. Adorno, sin embargo, demostraría tener un talento extraordinario en este terreno, como en casi todo lo demás. Cuando escribe a Alban Berg, su profesor de composición en Viena, para contarle su viaje a Nápoles, lanza sus paradójicas e ingeniosas observaciones como si fueran pequeñas erupciones volcánicas. Él está allí para «apercibirse de lo real»,¹ y acto seguido extrae sus conclusiones. Sin embargo, la complejidad de sus expresiones nos hace sospechar que tal vez esas ingeniosas apreciaciones no sean más que una escaramuza de defensa frente a experiencias más profundas. Porque «una región donde los volcanes son instituciones y los timadores están protegidos» es algo que choca con su sentido del civismo; sin duda, se encuentra más a gusto entre «el Alto Adigio y Viena».²

En el término kantiano de la *apercepción* hallamos un indicio de lo que es realmente importante para Adorno en el caso del viaje. Para él, un viaje no es una expedición a un mundo nuevo ni una incursión en formas de vida alternativas, sino más bien el momento propicio para poder dedicarse a sus propios intereses teóricos. Más adelante se verá forzado a dedicar todo su tiempo a la escritura de textos académicos, pero estos primeros años de su formación son la época en la que lee con pasión. Adorno, sin embargo, no está solo en sus lecturas. Al terminar la Primera Guerra Mundial, Siegfried Kracauer se dedica a enseñarle a leer textos filosóficos de una forma subversiva y a la vez placentera —generalmente los sábados por la tarde—, empezando

do por la *Crítica de la razón pura*. En lugar de tratar de comprender un sistema complejo en todos sus pormenores, van en busca de las contradicciones e inconsistencias que puedan generar conocimiento.



Theodor W. Adorno en 1928.

No exagero en lo más mínimo —escribe Adorno tiempo después— si digo que debo más a estas lecturas que a mis profesores académicos. Extraordinariamente dotado para la pedagogía, Kracauer me hacía oír la voz de Kant. Bajo su guía entendí desde el principio que la obra kantiana no era una mera teoría del conocimiento, un análisis de las condiciones de los juicios científicamente válidos, sino una especie de escritura cifrada a partir de la cual se podía descubrir el estado histórico del espíritu, con la vaga esperanza de poder obtener algo de la verdad misma.